

Poética y Poesía de Don Pedro de Peralta Barnuevo

Por Gerardo Diego

Hablar del Doctor Don Pedro de Peralta Barnuevo en su ciudad natal y dentro del coloquio humanístico con que se conmemora el tercer centenario de su nacimiento me honra tanto como me llena de confusión. Cada uno de vosotros sabe más de él y de su obra, tan rica y diversa, que lo poco que yo he aprendido leyendo sus escritos y los comentarios que han suscitado. Habréis de perdonarme si cometo errores bien posibles o si los juicios e ideas que os voy a exponer están ya emitidos antes por algunos de los historiadores y estudiosos de la cultura peruana de los siglos en que le tocó vivir a nuestro eminente polígrafo, y singularmente de los especializados en la figura de nuestro héroe, o, como él diría, y no sin razón, heróe. En todo caso la prudencia de estas mis palabras preliminares y de las que las van a seguir queda plenamente justificada y el crédito de benevolencia que de vosotros solicito podría tal vez justificarse atendiendo a que yo voy a hablar, no como erudito ni como catedrático sino como poeta y enamorado de nuestra lengua. Situar así, sin tiempo ni ánimo para agotar bibliografías y compulsar hasta lo exhaustivo textos impresos y manuscritos, paralelismos y referencias coetáneas, genealogías de conceptos y de imágenes, tiene o puede tener la ventaja y el desahogo de marchar con andar resuelto a través de las obras mismas y de comunicar el lector a sus oyentes impresiones genuinas y personales sin miedo a descubrir lo ya descubierto, porque aun en este caso, el acento de sinceridad y de emoción que uno ponga en su comentario le distinguirá forzosamente del antecesor coincidente en la materialidad, por así decirlo, de la opinión.

Por otra parte, el tema que se me ha sugerido es el que voluntariamente yo mismo hubiera escogido: Peralta Barnuevo, poeta, implicando en lo de poeta al expositor de su propia poética. Todo poeta clásico lleva su tratadista previo y su posterior autocrítico dentro. Y Peralta es no sólo de los que lleva su poética implícita en su poesía sino de los que además gustan de exponerla. Pues bien, me voy a permitir —y aquí empieza mi rebeldía a las normas del buen método— entreverar poesía y poética sin que tal aparente atentado a la lógica discursiva

me parezca grave, ya que el mismo autor de "Lima Fundada" viene a interrumpirse a cada paso, casi a cada estrofa, con notas marginales o al pie del poema en las cuales comenta, aclara y señala fuentes, intenciones, datos y referencias que los más de sus lectores de hoy agradecen más que los mismos versos.

El hijo de su tiempo

Presumo, no obstante cuanto vengo diciendo, que mi valoración del Doctor limano o limeño en tanto que poeta y en general que escritor literario, va a ser más alta que la que deduzco de las que vengo conociendo en libros de historia literaria y hasta en ensayos bien recientes. Se le acaba de llamar, por ejemplo, un "sabelotodo" con el matiz un tanto burlón que tal vocablo compuesto supone. No voy yo a discriminar — carezco de autoridad para ello — lo que puede valer su aportación a las ciencias. Me parece fuera de toda duda su curiosidad universal y su amor al saber, así como su voluntad de estudio para estar en la brecha de la investigación, el tratado, el experimento y el ensayo reciente. Junto a este temple y talante de hombre de ciencia, entre humanista y enciclopedista, muy siglo XVII y XVIII, contrasta su respeto a la tradición en lo literario y sobre todo en lo poético, teatral o épico. El hombre de íntimas contradicciones y espirituales conflictos que debió de ser Don Pedro, como esclarecido hijo de su tiempo, oscila entre lo autoritario o dogmático y lo abierto a la observación y a la nueva moral derivada, hasta en la poesía, del fundamento físico, esto es, natural. Nos gustaría saber qué pasaba en el alma de don Pedro de Peralta a la hora de quedarse a solas con sus santos y con sus sabios. Con Santa Rosa y con Pascal. Con San Francisco Solano y Galilei. Con el Apóstol Santiago apareciéndose a los españoles cercados en el Cuzco, y también a los propios indios, y con Cassini. No tenemos derecho a dudar de la fe del buen cristiano. Pero el lenguaje del poeta difiere un tanto del positivismo del prosista. Y hasta qué punto en él lo maravilloso épico y el inevitable recurso al milagro son continuación de la mitología ya petrificada nos hacen pensar que el entusiasmo católico y devotísimo acusa una convicción más retórica que verdaderamente poética. Pero dejemos esto que sería difícil de esclarecer y aceptemos que, como todo auténtico poeta —y Peralta Barnuevo lo es en sus buenos momentos— dice la verdad, su verdad siempre.

La prueba de la Prosa

Y antes de entrar en su poética y en su poesía en verso, hagámosle la prueba de la prosa. La prosa es piedra de toque del poeta. Como, aunque está menos admitido, también el verso lo es del prosista. Lo

que pasa es que a este último le avergüenzan sus pecadillos, casi siempre juveniles, de aspirante a alumno de Apolo y así suelen quedar secretos e ignorados. Pero cuando se descubren arrojan clarísima luz sobre el valor de su prosa. La prosa de Peralta, quiero decir, su prosa manifiestamente literaria y, por decirlo así, de lujo —porque tiene varias para cada designio y siempre apropiadas—, es una prosa excelentísima y hasta me atrevería a decir que personal, aun dentro de las convenciones del tiempo del último Austria prolongadas al del primer Borbón. Yo confieso que me encantan sus cláusulas, elegantísimas, retóricas, bimembres, todavía nada afrancesadas, pero ya más moderadamente cultistas, de un barroquismo nervioso como discípulo de Gracián, de Solís o de Juan de Espinosa Medrano, primor y orgullo del Cuzco y del Perú entero. Esta prosa de protocolo, ceremoniosa, brilla a sus anchas en la exquisita Dedicatoria de “Lima Fundada” al Excelentísimo Señor, que no es otro, naturalmente que el Virrey Armendáriz. Basta el primer párrafo para advertir cuánto hay de tópico y cuánto hay de suyo, de ya muy siglo XVIII, muy Peralta en el fastuoso período. Dice así:

“Si ha sido alguna vez la acción de consagrar una Obra a un Protector excelso, urgente deuda de su Assumpto, debe tenerse esta por la más precisa, en que se presenta decantado un Heróe a otro Heróe, un Vencedor a otro Triunfante, y el Primer Gobernador o un Grande Virrey, de este Peruano Imperio; y se une la Historia de los Ilustres, que lo han regido, a la del Famoso, que lo ha mejorado: proporciones de obligación, las más demostrativas en toda la Geometría del Honor”. Todo Peralta está ya aquí. La augusta iniciación ditirámbica se matiza y quiebra al final con un símil científico que culmina en el encanto de esa singular “Geometría del Honor”, que es una perla. Poco después, comparando a los famosos de la Antigüedad mitológica y bélica con su Virrey, añade: “Hoy, que todos los que se contrastan son Hércules y Césares; que no se manejan armas sino estragos; que no se conducen Elefantes sino Abismos (esto es, sus llamas en Bombas y Cañones) que no se aglomeran muchedumbres sino se ordenan Líneas en que se ponen en Ciencia el Campo, y en suerte los hombres; que no se sitian cercas sino imposibles; qué paralelo puede hacerse entre aquellos y estos Inclitos; sino decirse que, siendo iguales en los términos de la muerte, son muy desiguales en los caminos del peligro”. Abundantes son las felicísimas sentencias —y, como veremos, sigue siendo la Sentencia ingrediente esencial del buen estilo para Peralta— tales como al referirse a los Héroes y al aprecio de la vida, el paréntesis “(alhaja que cuanto se tasa en menos vale más)” o el final de otra cláusula: “que hay Altares que hacen también divinas las ofrendas”. (No sé por qué recuerdo aquello de Góngora: “Idolos a los leños la escultura — dioses hace a los ídolos el ruego”).

Es admirable cómo nuestro oferente prolonga y prolonga sus elogios panegíricos en una verdadera biografía de proezas y siempre encuentra al-

gún rasgo para escapar, por la tangente del ingenio, de la balumba de la retórica recibida. La desaforada hipérbole y el juego de antítesis y retruécanos no logra —al menos a mí— apabullarnos. Y de cuando en cuando se recibe, como una racha de aire fresco, la referencia a los fenómenos naturales y a la vida curioseada: “como quiera que los excesos son como los cuerpos elásticos, que cuando caen no se detienen con un golpe”. O la comparación del buen Gobierno del Virrey con el Relox de pesas o tantas otras sorpresas, algunas de las cuales reitera luego en pasajes de verso o escolio del poema. Las mejores de esas ocurrencias son las que adoptan la forma de sentencia moral. Fue Peralta un insigne escritor moralista y podría espigarse una buena cosecha de frases felicísimas y memorables, alguna quizá recordada de otro, pero en general sin duda originales y, siempre, en cuanto a la acuñación en nuestro idioma. Recuerdo una, también de la Dedicatoria, que en la memoria se me ha quedado: “pues si se consultase a la llaga sobre el hierro, jamás daría otro parecer que la queja”.

Aprobaciones y prólogo.

La primera presentación de una Poética que encontramos en el libro, no es del poeta sino de su aprobador el Doctor Don Pedro Josef Bermúdez de la Torre y Solier, Alguacil Mayor de la Real Audiencia de Lima. El bueno de Don Pedro Josef pontifica, para lograr máxima autoridad a sus elogios, resumiendo la preceptiva renacentista del Poema Epico según la línea Aristóteles, Horacio, Escalígero, Donato, Vida, Madio Trissino, Minturno y Castelvetro y aun con citas de Petronio y Quintiliano. Y va estudiando sucesivamente las partes esenciales del poema: la Fábula, las Costumbres, la Sentencia y la Locución. La prosa del señor Alguacil Mayor es más bien pedante y acomete la insensata ocurrencia de demostrar que cada uno de los diez cantos de “Lima Fundada” corresponden a cada uno de los cielos o esferas y se dedican simbólicamente a cada una de las Musas, más su mayoral Apolo. Pero nos interesa la teoría poética del Censor para parangonarla con la del propio poeta.

Más fina y discreta es la otra Aprobación del Padre Jesuita Tomás de Torrejón. También recuerda la teoría del poema épico desde Aristóteles y el valor moral y ejemplar que debe caracterizar al Héroe y a la Fábula toda, defendiendo a Peralta de posibles objeciones sobre los escasos episodios amorosos que nunca se salen de la moral más estricta, “dando a la ficción lo preciso al deleite sin que se extravíe al engaño. Así son sus Alegorías, como el sutil volante, que corrido a una Imagen, al paso que la recata la trasluce; o como las Falsas en la Música, que no alteran, antes perficionan en las Consonantes la armonía”.

Si ahora pasamos al prólogo del autor, veremos que su poética la deriva de la misma fuente de la vida. “Concibióse la Naturaleza —comienzo— en la armonía original y así nació canora y se ha educado

música". Pitagóricamente nos habla de los conciertos del Empíreo y sus Esferas y del canto de todas las criaturas del mundo, tanto sensible como silencioso. Para deducir que el Parnaso no es sino una alegoría de la música de la Razón, "y ésta es la Poesía: discurso métrico y elocuencia cantante: hermosura, que tiene su mayor libertad en sus prisiones y su mayor firmeza en sus caídas". Estas "caídas" que paradójicamente constituyen la firmeza de la Poesía no son más que la traducción castellana de las musicales "cadencias", a las que en último término se reduce toda la órbita de una composición musical.

Abundan en el prólogo los atisbos agudos que testifican la existencia, detrás del expositor, de un legítimo poeta, digno de tal nombre. Y toda la abrumadora ciencia de erudición retórica que proemio y poema suponen, y que se exhiben con mayor acopio de citas en las glosas y notas a las octavas reales que en los párrafos del prólogo, no impide que Peralta diga con frecuencia conceptos primorosos de vena propia. Tal esta calurosa proclama de la excelencia de la Poesía en que se revela el Poeta. "La materia de este arte de la sublimidad pudo asignarla el hombre, esto es, sus metros, sus ritmos y sus tropos; pero su forma solo es toda divina, esto es, su orden, sus ideas y sus pensamientos. Esta es aquel rapto del entendimiento, aquel incendio de la imaginativa y esplendor de la expresión con que el poeta se eleva, enciende, y brilla, movido de la Naturaleza; y según Cicerón aquella fuerza que lo excita y aquel celestial espíritu de que lo llena. De suerte que, aunque aquel gran maestro de la poesía, el dulce Horacio, pide la unión del genio y del estudio, vale más el primero sin el segundo que al contrario: pues para el oro le basta la mina y están ociosos para el Cobre los crisoles; para el Aguila sobra cualquier aire y para el Buho están todas las ráfagas inútiles. En fin, la Poesía es una inspiración que se recibe como dádiva pero que ha de desempeñarse como deuda; y una virtud que consiste en el extremo porque no admite medio de elegancia. Y aunque para ésta se ha aspirado a dar reglas, son éstas las sendas pero no los pasos; los rumbos pero no los vientos". Estas palabras son verdaderamente admirables para pronunciadas ya en pleno siglo XVIII y acusan, como he dicho antes, al verdadero poeta, que no se resigna al imperio frío de la seca Razón. Y Peralta se halla en lo más profundo de su fe poética más cerca de los románticos y de las escuelas extremistas posteriores que de sus amados clásicos o de su dilectísimo Boileau.

Claro que no deja de aceptar la teoría del héroe épico como virtuoso militar anticipándose, por ejemplo, a Luzán. Ni deja de proclamar la necesidad de la unidad de acción en la epopeya, para lo cual le sirve de ejemplo Lucano. El ingeniero que es Peralta encuentra un símil apropiado, una Máquina con muchas piezas o muchas Máquinas con un resorte, símbolo de la manera de crear del Sumo Hacedor. Y nos exhibe a sus maestros desde Lucano y Estacio hasta el elegante Tasso, el heroico Camoens, el discreto Zárate y el insigne Lope, no todos por cierto

—añadiríamos nosotros— ejemplo de unidad de acción, sin olvidar al Macabeo de Silveira, a Rufo, Ercilla y Pereira y a los franceses el P. Moine, Scudery, Saint Amand y Chapelain. Al otro lado, al de los que prefieren la variedad de empresas en el mismo poema, están, dice, Dante, Silio Itálico y Ariosto. Y luego los ya no legítimos épicos sino líricos, entre ellos Jáuregui el del Orfeo, “Orfeo él mismo verdadero de la España”, el Virrey Esquilache y el Faetón y Polifemo de Villamediana y Góngora.

Sin embargo, los episodios son necesarios y legítima hasta los eróticos a condición de no extralimitarse en lo moral. Compara la estructura épica con la de la Arquitectura de un Templo cuyas Imágenes y Estatuas son como las Prosopopeyas y Alegorías del Poema, realidades de la Imaginativa y cuerpos espirituales del discurso. Hay que dejar campar libres a los fuerós de lo maravilloso, alterar el orden de los tiempos, instalando en el pasado la profecía del porvenir, gracias a las apariciones de los Númenes, que son para él espíritus angélicos que han heredado algo de los dioses o semidioses, sibilas y genios paganos. “Yo discurro la súbita asistencia de un hermoso Joven, en cuya figura se le ofrece —a Francisco Pizarro— el Genio o Angel tutelar de Lima, para el Vaticinio que prevengo; autorizando la predicción con el vaticinante”. Y para la justificación de las Prosopopeyas con valor simbólico que personalizan y divinizan a las virtudes o fuerzas naturales. Y sobreviene una cita, elegantemente traducida en versos de silva castellanos por Peralta, (disculpándose de proponerla en un lugar donde parece importuna porque —asegura con todo desparpajo— es ajeno “de mi genio la producción de citas”), nada menos que “del sublime Monsieur Boileau Despreaux en su “Arte Poético”. Cita reveladora de la situación crítica del pensamiento de Peralta fluctuante entre el rigor clásico y la regla clasicista, y la herencia culterana y predisposición suya personal extremista o extremada, como hemos visto. No confunde el poeta la Fábula con la Religión aunque use de ambas, pero más de la segunda para sus Apariciones, “que así se juntan los ramos y las plumas con los inciensos y los bultos en las Aras”. Deliciosa imagen. “Y desta suerte se mezclan decentemente en el Teatro los Episodios profanos con los santos”. No quiere salirse del terreno estrictamente histórico ni inventar lugares o personajes donde tanto abundan los modelos auténticos de la verdad a un tiempo histórica y poética. Y pasa a la propiedad de las palabras que se exige a sí mismo y a la introducción de nuevas voces, que se prohíbe con ejemplos de Villamediana o de Jáuregui, las cuales le parecen desplacientes. Aunque no deje de admitir la elegancia de vocablos cultos discretamente ingeridos, porque más vale lo culto que lo vulgar. A veces tales voces y en general la dificultad que entraña para su comprensión el estilo culto y levantado así como la inexorable celeridad y ritmo constante de la expresión poética que no permite detenciones, exige o al menos disculpa las notas y explicaciones marginales o al pie. Y se excusa con el ejemplo de los Padres

Jesuitas que le han precedido, como podría haber citado al Lope de la "Jerusalem". El P. Rodrigo de Valdés en su "Romance Hispano-Latino de la Fundación de Lima", gentil homenaje a un precursor en el tema, y el P. Jacobo Vanniere en su poema latino "Apes" con notas en francés. Y termina defendiendo las asonancias entre consonancias que el mismo Góngora practica en el "Polifemo" y excusándose de la celeridad con que ha compuesto su poema en tiempo que "apenas ha sido el de año y medio bastantemente interrumpido". Defectos, pues, ha de tener aunque en principio "los Poemas han de ser por su sublimidad como el Firmamento que se tachona de astros; y las Octavas son metro de blanco, en que es tirar al aire todo lo que no es herirlo con el golpe". Y el golpe final ha de ser, claro está, la corona del concepto. Pueden muy bien regatearle a Peralta Barnuevo sus muchos impugnadores el talento poético pero es muy cierto que procura y no pocas veces consigue remiatar airoosamente con sentencias, ya grandiosas, ya delicadamente sorprendentes, sus octavas.

Valoración de "Lima Fundada"

Esto nos sirve de pendiente para resbalar a la consideración del poema mismo y como en toda buena crítica insistir más en sus aciertos que en sus fracasos. ¿Qué vale Peralta como poeta? Nada o poco menos que nada según dictamen generalmente admitido de la posteridad. Yo creo este juicio demasiado severo. Concedo que "Lima Fundada" es poema fatigoso, ni menos ni más que la inmensa mayoría, por no decir la totalidad de los épicos y sobre todo de los del Renacimiento y período barroco. Pero a un poema épico hay que leerle, ya que no se pueda atender con pareja vigilancia a todos los pormenores de su asunto y resulte decepcionante cotejarle con su propio espejo ideal o modelo total de arquitectura, como a un despliegue de episodios y de primores de ejecución poética, o bien de curiosidades y noticias cuando el poeta, más que poeta es historiador o se siente didascálico. Yo confieso que me divierto leyendo así los poemas épicos y tanto más cuanto más poetas en la expresión sean sus maquinadores arriscados. No me aburre leer "Lima Fundada" porque su autor es lo bastante poeta para redimir estrofas estereotipadas y tópicas que abundan en su texto con otras en las que brilla su agudeza, calienta su entusiasmo o distrae su erudición, a medias crédula y rigurosa. Si en lo histórico se entrega más de lo justo a la leyenda y a la milagrería, en la observación natural y en la exornación retórica resplandece el humanista cabal y el artista con fe en su arte y en su palabra.

No le comparemos en lo propiamente épico con Ercilla o Camoens, este último además gran poeta total, lírico y descriptivo, ni con el fastuoso Balbuena ni con el milagroso Lope o con el sombrío y poderoso Jáuregui. Pero "Lima Fundada" vale más que la mayor parte de los poemas de su tiempo, que es el peor que ha atravesado la poesía de nuestra lengua. Vale más, por ejemplo, para no salir de la familia, que "La Numantina"

de su primo o pariente Mosquera y Barnuevo que, sin embargo, también leí en su día con voluntad placentera. Y vale menos que el poema de Domínguez Camargo, poeta virreinal y fidelísimo discípulo de Don Luis que pudo escribir sin la menor duda de crisis, con fe ciega en la poesía de Góngora, cosa que ya le estaba vedada al poeta de tiempos más huracanados, y crecientemente prosaicos. Y conviene recordar que a Domínguez Camargo se le ha tenido oscurecido y vilipendiado durante más de dos siglos. Comparando a Peralta con los poetas y poemas españoles de la metrópoli durante la primera mitad del siglo XVIII, nada hay que le supere abrumadoramente porque el nivel general es prosaico y bajo y se resiente de la crisis del barroquismo que empieza a ceder el paso al neoclasicismo a la francesa. Y en cuanto a la época que inmediatamente le precede, la de Carlos II, a la que en su juventud pertenece Peralta, la primera estrella poética de América y de España es sin duda la Décima Musa Sor Juana Inés de la Cruz.

Primores

Voy a pasar revista a algunos pasajes y rasgos de poeta de los muchos que esmaltan "Lima Fundada" y a algunas también de sus curiosidades que tanto nos descubren el alma de Don Pedro. Empecemos por la sección antológica que podríamos denominar "Primores". El estupor de Pizarro y sus hombres al penetrar en el templo del Cuzco encuentra para expresar su refulgencia y sus misterios versos dignísimos.

*De áureas sillas ocupan venerados
los Soberanos fúlgidos asientos
los Incas, que del bálsamo guardados
estatuas son a un tiempo y Monumentos:
todos parece estar por ambos lados
ante el Diurno Nímen tan atentos,
que el silencio causárselo se advierte
el éxtasis del culto, no la muerte.*

*Nichos después lucientes se le ofrecen
que de Astros adornados lapidosos,
a los vivientes Febos que obedecen
signos de Majestad eran preciosos:
Aulas que en muros de Oro resplandecen,
los Sacerdotes viven oficiosos,
y en los vasos la luz tal reflectía
que en ellos brinda el Sol y bebe el Día.*

IV—11—12

Obsérvese cómo cada octava termina, culmina con una sentencia, ya moral, ya estética siguiendo la teoría adoptada por el poeta. La octava siguiente comienza con una precisión de físico:

*El Iris, que en las nubes colorido,
refracción es de rayos matizada*

IV—13

Esto es justamente lo que más me gusta de Peralta Barnuevo, su doble fidelidad a la poesía y a la ciencia, aunque ella le haga caer a veces en ingenuidades y conflictos de imposible solución poética. Pero las mismas caídas sufren los Voltaire o los Meléndez, por no hablar ya de lo que leemos todos los días en la poesía moral o ideológica de nuestro siglo. La aparición del Númen en este mismo Canto IV en medio de una prodigiosa quietud “donde para expresar lo soberano — pregonero el silencio es del misterio” está cantada con verdadera altura. Y si queremos atestiguar el gongorismo todavía bien visible de Peralta, encontraremos voluntarios recuerdos, casi citas de homenaje, por ejemplo al aludir a la reventazón eruptiva y terremótica del volcán de Arequipa donde

*“no ya uno cenizoso, inmensos llanos,
no ya señas darán sino escarmientos;
fragua pudiera ser de cien Vulcanos
si no de cien Titeos Monumentos;*

VI—30

*Y al Mar, que llora el Puerto destruido
cada resaca le será un gemido*

VI—70

Más adelante se dilatará en una descripción horrisona de otro terremoto que habría que comparar con los episodios de cataclismos y borrascas, clásicos como prueba de estilo en los poetas latinos o europeos. En la serie de octavas hay versos magníficos:

*Veráanse deshacer Torres noveles
desde la alta Linterna al fundamento
y a las basas unir los capiteles
la Columnas en ímpetu violento.*

VI—80

O bien, “El Mar que ampolla el subterráneo viento” VI-83. Otro terremoto, el de la Concepción en Chile se describe con nueva imaginación terrorífica en el siguiente Canto, y el contraste con la celestial protección de la Inmaculada da al repetido motivo nueva valoración poética. Así como también las alusiones rápidas, explicadas luego en glosa marginal, a las descripciones y teorías de Pedro Kerio y del P. Kircher, donde apunta el incorregible humanista científico.

Uno de los temas más gratos a la poesía barroca es el de la Arqui-

tectura con todos sus elementos orgánicos, geométricos pero también con los suntuosos, decorativos y cromáticos. En poemas como "La Farsalia", el "Orlando furioso", el "Bernardo" o los de Bocángel, la belleza poética se exalta en el entusiasmo coordinado y fulgurante de columnas, linteles, arquitrabes, cúpulas, estatuas, metales preciosos, esplendores colorísticos y ornamentaciones enjoradas y caprichosas, así como en el simbolismo y fabulación de las imágenes. Tratándose del Perú y de un poeta orgulloso de su arte, historia y riquezas, no podía faltar un episodio típicamente barroco o, casi mejor diríamos, plateresco, entendiendo por este último adjetivo lo que significa al pie de la letra y no su aplicación cronológica en la historia del arte. Lo encontramos en el mismo Canto VII y se dilata largas octavas donde se explaya a sus anchas el poeta arquitecto, el completo humanista que abraza en su mente las Letras y las Ciencias. Es el relato descriptivo del Templo celeste en que el Adalid Pizarro goza la ofrecida visión que el Númeron le presenta. He aquí el principio:

*Tal era el Templo cuya Arquitectura
sobre Caristio jaspe radiante
cargaba con magnífica estructura
áureo Arquitrabe, Friso de diamante:
no en él vulgares módulos apura;
que es la eterna obra de orden tan brillante,
que sus luces en Arcos y Linteles
a un tiempo son reflejos y pinceles.*

VII—184

En las márgenes no puede remediar nuestro Don Pedro el lucir su erudición explicándonos con ejemplo de Séneca lo que era el Jaspe de la isla de Caristo, y el Módulo "que es el semidiámetro de la Columna y es la medida de toda la Obra en cualquiera de las Ordenes de Arquitectura". Ni luego "las Strías son los canalillos, que se labran en las columnas". Y sigue:

*De tres Columnas, que resplandecientes
las primeras Virtudes significan,
las Pilastras se forman, que eminentes
sus fúlgidas Estrías multiplican:
vides de oro en ábrazos refulgentes
por cada una sus pámpanos implican,
y por los Arcos en frondosos giros
bellos penden racimos de Zafiros.*

VII—185

*No el Leocares, Escopas, ni el Traliano
no el Brunaleschi, el Ángelo, el Bernino*

*al Arte hicieron ya más soberano
y el Noguera lo harán, o el Constantino:
no el diseño excedieran, no la mano
del Corral, del Maroto peregrino,
del Escobar, cuyo aire y hermosura
juzgaran Creación, no Arquitectura.*

VII—264

Es curioso y muy revelador de la ambivalencia peralteña entre lengua de poesía y lengua de ciencia que la misma palabra “strías—estriás” la escribe con ese líquida en la prosa de escolio y con la epéntesis de e, necesaria para el endecasílabo y forzosa en boca de los pueblos hispánicos, en el cuarto verso de la octava: “sus fúlgidas Estriás multiplican”.

Muy bella es la siguiente estrofa:

*La luminosa cúpula se exalta
con tan igual nivel al Firmamento,
que en el vario esplendor de que se esmalta
se advierte que es su extracto o es su asiento;
cada muro un Zodíaco resalta;
todo es flores de luz el pavimento;
viéndose en él por manos de las Horas,
no Rosas esparcidas sino Auroras.*

VII—186

compara luego con los bultos labrados por los escultores del paganismo clásico los más maravillosos de artífices célicos:

*Milágras de relieve más brillante
aún más precioso material consumen*

para terminar con esta estupenda imagen:

*y en cada Simulacro el instrumento
labra la voz y entalla el pensamiento.*

VII—187

No es posible en un estudio forzosamente rápido apurar todos los primores no ya de los diez Cantos pero ni siquiera de este simple episodio, que va derivar en una glorificación devotísima de los tres Héroes celestiales peruanos que “sobre peañas de Carbunclo y de Topacio” ocupan el altar del templo. Santa Rosa de Santa María, natural y Patrona de Lima, Santo Toribio, Arzobispo de Lima y San Francisco Solano, Apóstol del Perú. Tanto estos tres grandes Santos como el coro de los otros, mártires o vírgenes que ocupan las capillas laterales y cuyos insó-

litos milagros Peralta registra con puntualidad notarial justifican plenamente la obra de España en América y bien merecen la simbiosis que previamente había proclamado:

*La América otra España así es luciente,
la España así otra América es famosa.*

VII—189

Los recuerdos gongorinos no rechazados, reaparecen aquí y allá, a decir verdad no con excesiva sumisión de discípulo. Así hablando del Venerable Siervo de Dios, Fray Pedro Urraca, Mercedario, nos lo pinta tan por sí mismo castigado en túnica de hierro que le ciñe y martiriza, “que se duda a su aspecto riguroso — si es férreo el cuerpo o es el hierro humano”. VII, 217. Y cuando Pizarro vuelve a su éxtasis profético contemplativo a la realidad del vaile sueña ya con el plano de Lima y de su Templo. Su construcción va a depender del esplendor visionario y su centro de gravedad más que en la tierra estará en el cielo, de suerte que

*asi con mejorado excelso asiento,
en el Cielo empezando del glorioso
Edificio inmortal las Naos bellas,
por Cúpulas arquee las Estrellas,*

VII—288

admirables hipérbolos en las que una vez más campea el doble genio ingeniero y poeta de Peralta. Y con cuánta gracia varía las naves catedrales por las tan marineras y funcionales naos.

Las estrellas. Las estrellas preocupan, atraen al que tanto gozaba con su contemplación telescópica. Y nuevamente su doble vertiente científica y poética le inspira octavas como ésta:

*Véase la Estrella, a quien de la hermosura
hizo la Antigüedad Reina divina;
acusado Volcán de llama impura
cuando a inocente amor al Mundo inclina;
que creciente o menguante su luz pura
tal resplandece, ortiva o vespertina,
que es otro Sol, que la mañana adora,
o de la misma tarde es otra Aurora.*

IX—31

Puntualmente explica la prosa marginal las causas de que la misma Venus o Lucero brille unas veces “ortiva” o matutina y otras vespertina. Pero aún más curiosa es la poetización del Sol y la alusión a sus manchas:

*mas tanto brillador Pirofilacio,
tanta en él arde luminosa hoguera,
que hacerse pueden sus efluvios densos
de su rostro inmortal velos inmensos.*

IX—30

Y lo autoriza con citas del P. Kircher y del P. Scheiner. El hombre de teatro surge inesperadamente para imaginar con auténtica inventiva de poeta el espectáculo de la aurora:

*Con Perspectiva de rubí el Aurora
formó la Scena al Prólogo del Día,*

IX—62

sin que aquí le embarace el conservar la ese líquida ya que la epéntesis no es necesaria para el endecasílabo.

La sensualidad en Peralta Barnuevo no falta y es cualidad casi indispensable para la plenitud de un poeta, pero sabe mantenerse en términos nada blandos ni escandalosos. En el episodio en que las ninfas primero con sus bailes —cada una de ellas— Euterpe austral, Perúvica Talía, III, 52 y la hermana del fenecido Rey enseguida intentan retener a Pizarro, leemos, por ejemplo, esta octava digna de un poeta que sabe renovar peligrosos lugares comunes:

*Todo al Amor convida, todo inflama
a la unión con que el Mundo se establece:
la verde Yedra los abrazos ama
del duro Robre que a los cielos crece;
el Agua al Pez es espumante llama,
el Ave al Aire a arrullos lo enternece;
la Luz se une a la Luz, y aun las Estrellas
con requiebros se enlazan de centellas.*

*Sigue, sigue al Amor, logra el sosiego;
camina al gozo, vuela a la delicia;
haz noble perspicacia de lo ciego;
haz esfuerzo suave la caricia.*

III—57—58

Sentencias

Detengámonos en estos dos atrevidos, admirables versos que se comentan solos, antes de pasar a otro aspecto en que brilla singular el ingenio y la vocación, a un tiempo moral y metafísica, del poeta. Me refiero a las tan predicadas sentencias, flor de la poética de su siglo y re-

servadas con preferencia para el pareado y cierre de las octavas. La cosecha que podríamos espigar sería abundante. Sólo algún que otro ejemplo. Política moral:

*¿De qué sirve un Poder, que aunque te encumbre,
siempre ha de ser repecho y nunca cumbre?*

III—55

No se puede decir mejor. Tampoco y tomando ejemplo de cuanto sudor costó al humano desvelo saber que era la misma Venus los dos luceros

*que negar cuanto ignora el fiel desvelo,
es juzgar que del Orbe el genio humano,
con ser contemplativo, es soberano.*

VI—98

Lo que constituye una magnífica lección para uso de científicos positivos y ensoberbecidos. Y del mismo modo,

*que al cavar la verdad la Razón misma
no sabe si se funda o si se abisma.*

VI—99

Para consolarse con las pérdidas imperiales que ya el Numen predice, Peralta por su boca explica gravemente

*Y así se verá España recogida,
en el Poder más amplia, de ceñida.*

VI—110

La firmeza del Rey la probará la inconstancia de la Fortuna.

*Tener fija la dicha de obsequiosa
no es de los fuertes la mayor grandeza:
pues es Poder sin contingencia alguna
conquistar el Dominio a la Fortuna.*

VI—112

También los terremotos y cataclismos volcánicos "sin dejar de ser reglas, son castigos". Y en la estrofa siguiente; ponderando la enseñanza de la experiencia,

*cy por qué su gozoso o triste labio
lo que habla al Labrador no dirá al Sabio?*

VI—147

El conflicto entre superstición folclórica y ciencia demostrada, entre agüeros y predicciones científicas, acosa al bueno de Don Pedro que en la dilatada glosa explica a propósito de los eclipses el estado actual —actual de él, claro— de la ciencia pero sin renunciar de todo a la sabiduría moral antigua, y trata de conciliar a Virgilio con Riccioli. Todo después de citar al P. Feijóo. Pero de las ya notadas citas y elogios del Maestro benedictino no es tan necesario que yo me ocupe, pues que con motivo de este homenaje a Peralta Barnuevo que viene a coincidir con el también exactamente secular a Feijóo —de nacimiento el uno, de fallecimiento tras fecunda longevidad el otro— no han de faltar voces autorizadas que estudiarán todavía más a fondo su mutua relación y admiración.

Describiendo el Convento e iglesia de la Merced en Lima, Peralta encontrará para rematar una de sus más airosas octavas arquitectónicas esta soberbia síntesis de la significación de la Conquista:

*todo hará ver que el Indico Hemisferio
se ganó para Altar, no para Imperio.*

VII—271

El bastante o por lo menos relativamente conocido episodio de la defensa del ingenio criollo contra el desprecio previo e ignorante de los europeos halla, si en la prosa, valiente impugnación con el apoyo de la autoridad de Feijóo, en el verso acentos tan elocuentes como éstos:

*¿Qué Astro se pone, aun antes del Ocaso.
¿Qué flor es ya ceniza antes del Cierzo?
¿Ni cómo se podrá con tal violencia
experiencia formar contra experiencia?*

VII—279

Y siguen cuatro octavas de elogios sincerísimos a Feijóo, cuyo talento no sólo intuitivo y científico sino polémico, pondera de tal suerte que cuando él fulmina "al fulminado, de elegante — se haga el rayo favor del fulminante". VII, 284. Termino esta sección con esta moralidad sobre la decadencia de los imperios —se refiere al de los Incas— tan de época literaria, tan de estirpe quevedesca y calderoniana, pero dicha con persuasiva novedad:

*La Fábrica mayor, ruina es que crece;
sombra ya era la luz cuando aún brillaba:
en todo así, bien que en vaivén más lento,
es muerte comenzada el nacimiento.*

X—46

Léxico

Para despedirnos de "Lima Fundada" alguna observación sobre el vocabulario y el mismo interior conflicto entre tradición y novedad, entre humanística clásica sumada a la costumbre culterana y convicción de que se impone la poda y la discreta innovación de signo ya preferentemente francés. "Desgaritar" en el sentido de perder el rumbo es palabra predilecta de Don Pedro. La usó ya Quevedo, por ejemplo, en la "Vida de San Pablo". Peralta dice, por ejemplo:

*Mas ¡ay! cuánto, si el Mal el viento excita,
la Nave, en que va el Bien, se desgarita.*

"Reflectir" es verbo muy repetido como inevitable para uso científico, y a veces también para el poético. No sé yo si es neologismo tomado del latín al estímulo del lenguaje físico francés. Lo que si me parece galicismo es el adjetivo "imprenable" que también se repite tanto en el verso como en la prosa o el sustantivo "aproxhes" usado en una comedia. Entre las abundantes palabras científicas, noto "loxodrómico" —explicado, claro está, en las márgenes—, lo mismo que "parhelio" o que "espiras". Ya notamos antes las de arquitectura, estrías, "módulo". Curiosa es también la aparición de los "flibustieres" a propósito de las incursiones de los piratas ingleses y franceses, y la explicación circunstanciada que nos da el poeta —lo deriva de "finibus terrae"— es encantadora. El conocimiento del francés por Peralta debió de ser profundo, como lo atestiguan sus versos en un francés muy aceptable y sonoro y hasta alguna cita, por cierto en propio elogio, como la que hace de Frezier. El campo científico a donde se extiende la curiosidad del léxico y de las ideas suyas, no se limita a las Ciencias Exactas, Astronómicas o Físicas sino también a la Jurisprudencia y Teología. Muy notable es la cita de Solórzano para justificar la no devolución del Imperio a los Incas por el peligro de la pérdida de su cristianización. En resumen sería muy instructivo preparar el léxico de Peralta Barnuevo para que pudiéramos ver su aportación personal y la proporción con que respectivamente integran su diccionario las palabras vulgares, las cultas ya tradicionales y los neologismos de diversa procedencia. En conjunto, Peralta es menos "nuevo" que Feijóo, sobre todo en verso, pero también era más viejo y vivía en ambiente más alejado.

SINTESIS CRITICA

Una mirada de conjunto a "Lima Fundada" nos confirma, —dentro del fracaso inevitable en todo poema épico histórico de estirpe renacentista, y más después de la subversión de valores que supone el culteranismo—, en la convicción de que Peralta Barnuevo es un poeta, fiel a

su teoría heredada de los principios clásicos y no indigno en sus mejores momentos de compararse con los ingenios de sus siglos, generalmente elogiados con más liberalidad por el apresurado veredicto de la historia literaria. Si la figura del héroe aparece ahogada en el poema bajo la balumba de predicciones, panoramas históricos, alusiones físicas y cosmo-gráficas y ornamentaciones de toda clase, esto mismo es ya defecto de los mejores poemas del más juvenil Renacimiento y es lógico que en uno de sus últimos reflejos de ocaso se acusen más la falta de dibujo enérgico, la ausencia de verdaderos caracteres humanos y el desequilibrio entre lo histórico, lo legendario y lo decorativo.

El Teatro

Aun nos falta para valorar la poesía de Peralta Barnuevo decir unas palabras sobre su teatro, pocas ya porque este aspecto de su talento es el que ha merecido mayor indulgencia crítica y es también el más conocido. Desde Menéndez y Pelayo hasta Leonard y Arrom, se admite que sus comedias y otras piezas teatrales se mantienen en el nivel discreto de los epígonos calderonianos, cuando la transición del XVII al XVIII. También sobre este punto de la dramaturgia y de su poética conocemos el pensamiento de Peralta, expuesto en su libro "Imagen Política del Gobierno del Virrey Don Diego Ladrón de Guevara". En su noble prosa y al relatar el homenaje del poeta con la representación de su comedia "Triunfos de Amor y Poder", se siente Don Pedro orgulloso de su literaria progenie española. "De consentimiento de todas las Naciones son los Españoles los Príncipes del Teatro. Los Antiguos que no conocieron más que dos especies de Poemas Dramáticos, carecían de invención y hermosura de Scena, así en lo jocoso y satírico de la Comedia como en lo funesto de la Tragedia. Entre los modernos la Italia inventora de la ópera sólo ha intentado formar una gloria a los sentidos, sin darle parte a la razón; imítala la Francia y, aunque en las demás especies en que retiene el carácter antiguo de lo Cómico y Trágico es sublime a su gusto, lo poco sonoro de la prosa, y la libertad de la Sátira en las unas, y la falta de enredo y de conclusión feliz en las otras las hace extrañas aun al genio severo de nuestra Nación. Sólo ella parece que ha sabido usar con perfección inimitable todas las especies de Poemas de Teatro, a quienes sin diferencia da el nombre de Comedias, excusando como funesta la Tragedia en todo su rigor". El pasaje sigue, es largo e interesantísimo, pero no lo reproduzco íntegro por ser ya conocido. Me interesa subrayar la ausencia de Inglaterra entre los teatros europeos. El poliglotismo de Peralta no sé si profundizaría en la lengua de Shakespeare, pero en cualquier caso no parece haber conocido (o haberle interesado al menos), al gran William. Verdad es que aún no están maduros los tiempos y falta medio siglo para que el poeta de "Macbeth" empiece a ser comprendido.

Por lo demás, la caracterización de los tres teatros latinos es exacta y el entusiasmo por el de casa con su admirable enredo, política grande, hermosura insigne, gracia singular, conclusión feliz y verso sublime, parece justificado en un discípulo de Calderón, en un peruano que se deja llevar por el genio de su tierra, tan dado a la suntuosidad, a la ambición majestuosa y a la discreta agudeza galana y galante.

Para mi gusto, mejores que sus comedias y piezas más o menos operísticas y de lisonja y aparato, tan de moda en la corte de Carlos II como en la de Felipe V, son sus bailes y entremeses, ya más bien sainetes, escritos con delicado y atento humor. Hay en estas piecillas diálogos, tipos, contrastes, alegrías y sátiras benévolas, en verdad, encantadoras. El Baile "El Mercurio galante" puede servir de exquisita muestra del arte teatral y de la objetividad lingüística y caracterizadora o tipificante de Peralta. El desfile ante Mercurio del Quiteño, del Minero, del de Pisco, del Limeño y del Madrileño y de sus Damas respectivas que les van a ser destinadas, todo ello entreverado con cantos y músicas de la Náyade y del propio dios mercantil, es delicioso y nos descubre a otro Peralta, bien distinto del filósofo y hombre de ciencia y no menos distante del poeta épico.

Poco valen, esta es la verdad, las escasas poesías líricas sueltas que de nuestro autor conocemos, pero en sus comedias, en sus letras para cantar, muy graciosas de ritmo y excelentemente versificadas, y en los monólogos líricos de sus personajes serios, hallamos buenos ejemplos de poesía de época que se pueden parangonar sin desdoro con los de Solís, Bances Candamo, Montoro o Gerardo Lobo. Exceptúo a Sor Juana que es en lo lírico la única voz puramente poética. Y aun en el teatro, tanto en poesía como en colorido, ingenio y destreza, la niña de Nepantla supera a los mismos españoles de su tiempo, con la excepción de Bances Candamo, también finísimo poeta. Luego Antonio de Zámora demostrará ser un auténtico hombre de teatro, pero ya sin el aliento de la poesía.

Es curiosísimo el diálogo inicial del fin de fiesta de la comedia "Afectos vencen Finezas", con el examen y vejamen de un soneto culterano. Habría que citarlo íntegro para apreciar la finura con que Peralta distingue entre lo tópico, lo ridículo y lo retóricamente poético en el tornasol de su gusto tan difícil hoy de comprender para nosotros. El soneto ridiculizado "A la sangría de la Marquesa Urania" dice así:

*Nadando breve barca un pie de plata
en el golfo de un vado, atroz piloto
le hace arrojar por leve rumbo roto
vivo carmín de venas escarlata.*

*La hermosa fiebre pronto se desata,
dejando el interior viviente coto;*

*mas, que se vaya, que mi amante voto
es que nunca le des entrada grata.*

*Dejadla ir infeliz y al enemigo
soberbio achaque, vuestro pie luciente
le haga puente de plata, como digo.*

*Su desesperación eternamente
será tal que en tan grande desabrigo
del todo ha de morir redondamente.*

Los demás sonetos que se encuentran en sus comedias son serios y de tipo más bien lírico confesional del personaje. Tal éste de "Afectos vencen Finezas" que recita al despertar de su sueño el Príncipe de Escitia, "Orondates"; con un arranque que parece recordar uno de los más apasionados de Sor Juana Inés:

*Detente, aguarda, sombra fugitiva,
espíritu feliz, cuerpo luciente,
que dudo si real o si aparente
dejas la Elisia playa aun hoy esquiva.*

*¿Por qué sus luces tu beldad me priva,
cuando haces que a mi amor se represente
donde estás adorada eternamente,
muerta al dolor y a la memoria viva?*

*Luego que de tu muerte haya vengado
el parricidio, que aún pensado asombra,
te seguirá mi adoración rendida.*

*Mas ¡ay! que es este plazo dilatado.
O para siempre déjame tu sombra
o para siempre llévate mi vida.*

Tampoco nos sería difícil, como hemos hecho en "Lima Fundada" salvar versos, imágenes, finas observaciones de vida y de carácter en las escenas de su teatro. Unas de carácter serio y hablando en seso, otras cómicas o burlescas en boca de los inevitables graciosos. Uno de ellos, "Araso", el de la comedia últimamente citada, disculpa su impertinencia y promete su servicio a "Orondates":

*...que tengo
gracia especial para espía
y por contar me entraré
por el ojo de una rima.*

En cambio la confidente, entre de comedia española y de tragedia francesa, "Oritia", estimula a su señora "Rodoguna" al notarla triste:

*Señora ¿ahora estás suspensa
cuando todos los afectos
tiene el júbilo cogidos?
Pero del alma en el lienzo
el sombreado de lo triste
hace salir lo discreto.*

Esta primorosa comparación entre la esfera de la psicología y la de la pintura la inventa un personaje que no figura en el reparto de la tragedia de Corneille. "La Rodoguna" de Peralta Barnuevo es su ensayo más logrado de teatro grande y lo es porque sigue fielmente un texto de un verdadero poeta trágico como el poeta de Ruán. La firmeza de trazo corneliana y el patetismo de un asunto espeluznante conducido con pericia teatral se traslucen todavía a través de la, más que traducción o imitación, paráfrasis o adaptación de Peralta. Adaptación en el sentido usual de hoy, esto es, acomodación al gusto y costumbres de tiempo o lugar distinto. Es verdaderamente notable cómo el autor limeño cumple las que él juzga excelencias del teatro de la escuela de Calderón no sólo no respetando la monotonía rítmica y métrica de "Rodogune", pieza favorita de Pierre Corneille, y acomodándola a la variedad en estrofas de arte mayor y menor del teatro clásico español, sino en las escenas que van siguiendo paso a paso las de la tragedia francesa, conservando todos los conceptos pero ampliándolos casi siempre en fraseología más brillante y conceptuosa. Además introduce algunos personajes con objeto de distraer al público con elementos musicales y líricos, canciones por ejemplo que desde "La Celestina" enriquecen nuestro mejor teatro y en las que Peralta si no llega a Rojas o al Shakespeare de "Otelo" que tales abismos de emoción síquica nos abren, al menos nos deleita con lirismos, discreciones y simetrías rítmicas de forma en cada miembro muy libre. Un cotejo página a página de las dos "Rodogunas" resultaría muy ilustrativo de las excelencias e inconvenientes de ambas poéticas teatrales, a pesar del evidente desnivel de calidad entre un maestro y un buen aficionado que se asoma a la escena como se asoma a todos los miradores intelectuales del palacio de su inquieta curiosidad humanista abiertos a todos los vientos del espíritu.

Imagen final

Y así vemos una vez más al repasar el teatro de Peralta Barnuevo confirmada la crisis, la fecunda crisis de su alma en coyuntura tan delicada como la que supone el tránsito de un siglo a otro, y una estética

y poética y filosofía en trance de renovación. Acabo de emplear la palabra crisis y casi preferiría decir, como Baltasar Gracián, "crisi", porque son muchos capítulos, muchos juicios, crisi tras crisi, los que tiene que atravesar por el vado más prudente este ingente Cristobalón para dejar incólume y enjuta a la orilla del porvenir la preciosa carga, preciosa aun con toda su ya muerta impedimenta, que le imponen el deber de su nacimiento, de su vocación y de su fidelidad a la jerarquía de la nobleza y al culto de la verdad.